

Desde Selim, el país de Moab, Josué llegó al Jordán con todo Israel. Allí los pregoneros pasaron á través del campamento y mandaban al pueblo: «Luego que viereis el arca de la alianza del Eterno, vuestro Dios, y los sacerdotes de la tribu de Leví que la llevan, levantaos también vosotros é id siguiendo á los que fueran delante. Y haya entre vosotros y el arca el espacio de dos mil codos, para que la podáis ver de lejos y seguir el camino por donde habéis de ir, y guardaos que no os acerquéis al arca.» Y Josué dijo al pueblo: «Santificaos, porque mañana hará el Señor maravillas entre vosotros.» Y dijo á los sacerdotes: «Tomad el arca de la alianza é id delante del pueblo.» Los cuales, haciendo lo que se les mandó, tomaronle y fueron delante de ellos. Y dijo el Señor á Josué:—«Hoy comenzaré á ensalzarte á vista de todos de Israel, para que sepan que así como fui con Moisés, así soy también contigo. Y tú manda á los sacerdotes que llevan el arca de la alianza y diles: «Luego que hubiereis entrado en una parte de las aguas del Jordán, paraos allí.» Y dijo Josué á los hijos de Israel. «Llegaos acá y oid las palabras del Señor vuestro.» Y añadió: «En esto conoceréis que el Señor, el Dios viviente, está en medio de vosotros, al cananeo y al etheo, al heveo y fereceo, al gergeseo también y al jebuseo y al amorreo. He aquí que el arca de la alianza del Señor de toda la tierra, irá delante de vosotros por el Jordán. Tened pronto doce hombres de la tribu de Israel, uno de cada tribu. Y luego que los sacerdotes que llevan el arca del Señor de toda la tierra hubieran asentado las plantas de sus pies en las aguas del Jordán, las aguas que hay de la parte de abajo seguirán su corriente y llegarán á faltar, y las que viésen de arriba se pararán en un montón.» Salió, pues, el pueblo de sus tiendas para pasar el Jordán, y los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza caminaban delante de él. Y cuando éstos entraron en el Jordán, y se mojaron sus pies en parte del agua (pues el Jordán había cubierto sus orillas por ser el tiempo de la siega), las aguas que venían de arriba, se pararon en un lugar, é hinchándose á manera de un monte, se descubrían de lejos, desde la ciudad que se llama Edom hasta el lugar de Sarthan, un espacio de cerca de quince leguas, y las de abajo fueron descendiendo al mar del desierto (que ahora se llama Muerto), hasta que faltaron enteramente. El pueblo caminaba hacia Jericó, teniendo á su cabeza los cuarenta mil hombres de la tribu de Rubén, de Gad y de Manassés. Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor estaban sobre la tierra seca en medio del Jordán, y todo el pueblo pasaba por el río á pie enjuto. Hasta aquí el milagro.

El Jordán tiene su origen en las montañas del Libano, atraviesa el

lago Merom, después el lago de Genazareth, por otro nombre mar de Galilea ó de Tiberíades, y se pierde en el mar Muerto. Su curso es de casi de cincuenta leguas. Según el testimonio de todos los viajeros es extraordinariamente rápido y profundo. No hay más que algunos parajes vadeables durante alguna parte del año. En la época de los calores se desborda, engrosado por las nieves fundidas del Libano. Por el lugar donde le pasaron los isrealitas, han calculado algunos viajeros que tiene unos sesenta pies la anchura de su álveo; otro, que tiene una reputación de sinceridad y de exactitud, le valúa en noventa pies; lo que daría un término medio de setenta y cinco pies. Pero en sus mayores desbordamientos, con una rapidez más impetuosa, podía presentar una extensión de agua de quince á veinte veces más considerable. En uno de estos momentos fué cuando los hebreos le pasaron á pie enjuto.

Para perpetuar el recuerdo de este prodigio, y según la orden de Dios, transmitida por Josué, doce isrealitas, uno de cada tribu, tomaron doce piedras de en medio del Jordán, del lugar mismo en donde estaban de pie los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, las pusieron sobre sus hombros y las colocaron en el lugar donde levantaron el campamento. Josué colocó también doce piedras en medio del Jordán en el lugar en donde se habían parado los sacerdotes que llevaban el arca. Porque quedaron en medio del río hasta que todo el pueblo hubo pasado.

En este día el eterno engrandeció á Josué á los ojos de todo Israel; y le temieron como habían temido á Moisés durante todos los días de su vida. Y el Eterno dijo á Josué: «Manda á los sacerdotes que lleven el arca de la alianza que suban del Jordán.» Y les mandó diciendo: «Subid al Jordán.» Y luego que subieron llevando el arca de la alianza del Señor y comenzaron á pisar la tierra seca, volvieron las aguas á su madre y corrieron como corrían antes. Era el décimo día del primer mes cuando el pueblo atravesó el Jordán, y acompañaron en Gálgala, á la parte oriental de la ciudad de Jericó. Y Josué colocó también las doce piedras que habían tomado del fondo del Jordán y dijo á los hijos de Israel: «Cuando preguntaren el día de mañana vuestros hijos á sus padres, y les dijeren: ¿Qué quieren decir estas piedras? les instruiréis y diréis: A pie enjuto atravesó Israel este Jordán, habiendo el Señor Dios vuestro secado sus aguas á vuestra vista hasta que pasaseis, así como lo había hecho antes en el mar Rojo, que le secó hasta que pasásemos, á fin de que todos los pueblos de la tierra reconozcan que es muy fuerte

la mano del Señor, y vosotros también temáis al Señor Dios vuestro en todo tiempo.

El paso milagroso de los israelitas á través del Jordán aumentó todavía más el espanto que ya les había precedido, y los reyes del país se consideraron perdidos. En esta época, todos los que habían nacido durante el viaje por el desierto fueron circuncidados en el mismo día. Durante la marcha no había podido tener lugar la circuncisión, porque no se sabía el tiempo que permanecería en un mismo lugar. Esta circuncisión en un mismo día de todo el pueblo, recordaba la primera circuncisión de Abraham y de todo su pueblo, hecha igualmente en un mismo día. También se celebró la Pascua en llanuras de Jericó; y el pan sin levadura que en ella se comió, según la ley, era del trigo de la comarca. Lo que sobre todo hubo de notable, es que al día siguiente del en que comieron los hijos de Israel frutos de la tierra prometida, el maná, que les había alimentado durante cuarenta años en el desierto, cesó y no cayó más. En cuanto á la columna de nube, que durante el mismo tiempo le había servido de guía, se cree que les abandonó también desde el otro lado del Jordán, cuando hubieran conquistado los reinos de Hesebón y Basán.

No menos célebre ha sido este río por los milagros en él obrados por los profetas Elías y Eliseo.

Para corregir á los reyes y al pueblo suscitó Dios, de tiempo en tiempo, tanto en el reino de Israel, como en el de Judá, á hombres santos, los *Profetas*. Predicaban éstos la penitencia, obraban grandes milagros y profetizaban mucho sobre el porvenir, especialmente el nacimiento, pasión y glorificación de Jesucristo. Dios hizo todo lo posible para salvar á su pueblo escogido, pero el pueblo no atendió á los consejos y á las amenazas de los enviados de Dios; por el contrario, se mantuvo obstinadamente en el camino de los errores. Ante su perdición, pues, podemos exclamar con Oseas: «¡Oh Israel, tu perdición es obra tuya!»

En los días de Acab, uno de los peores reyes de Israel, mandó Dios al profeta Elías. Digamos de él lo que responde á nuestro intento: las aguas del Jordán obedecen á los golpes de su capa.

Sucedió que cuando el Señor quiso arrebatarse al cielo á Elías en un torbellino de fuego, Elías y Eliseo venían de Gálgala. Dijo Elías á Eliseo: «Quédate aquí, porque el Señor me envía á Bethel.» Respondió Eliseo: «Te juro por el Señor y por tu vida, que no te dejaré.»

Así que hubieron llegado á Bethel, los hijos de los profetas que estaban allí fueron á encontrar á Eliseo, y dijéronle: «¿No sabes tú como

hoy se te llevará el Señor á tu amo?—Sí que lo sé, respondió él: callad.»

Dijo nuevamente Elías á Eliseo: «Quédate aquí porque el Señor me envía hasta Jericó.—Te juro por el Señor y por tu vida, le respondió, que no te dejaré.»

Así que llegaron á Jericó, acercáronse á Eliseo los hijos de los profetas que moraban allí, y dijéronle: «¿No sabes tú que hoy el Señor se llevará á tu amo?—Sí lo sé, respondió él; pero callad.»

Dijole otra vez Elías: «¿Quédate aquí porque el Señor me envía hasta el Jordán.» Replicó Eliseo: «Júrote por el Señor y por tu vida que no me apartaré de tí.»

Marcharon pues los dos; y fuéronles siguiendo cincuenta de los hijos de los profetas, los cuales se detuvieron á lo lejos enfrente de ellos, mientras que los dos se pararon en la orilla del Jordán. Entonces Elías se quitó el manto y doblóle, é hirió con él las aguas, las cuales se dividieron á uno y otro lado, y pasaron los dos á pie enjuto.

Así que hubieron pasado, dijo Elías á Eliseo: «Pide lo que quieres que yo haga por tí, antes que sea de tí separado.» Y Eliseo dijo: «Pido que sea duplicado en mí tu espíritu»; como si dijera: pido que como tu principal discípulo reciba con abundancia los dones que tienes, que son el de profecía y el de los milagros. «Cosa difícil es la que has pedido, contestó Elías. No obstante, si tú me vieses al tiempo que sea arrebatado de tu lado, tendrás lo que has pedido; mas si no me vieres, no le tendrás.»

Así proseguía su camino andando y hablando entre sí, cuando he aquí que su carro de fuego, con caballos también de fuego separó de repente al uno del otro; y Elías subió al cielo en un torbellino. Estaba Eliseo mirándole y gritaba: «Padre mío, padre mío: Carro armado de Israel y conductor suyo.» Y ya no le volvió á ver más. Entonces asió sus vestidos y rasgólos en dos partes en señal de dolor.

Recogió despues el manto, que se le había caído á Elías, y volviéndose se paró en la ribera del Jordán; y con el manto que se le cayera á Elías hirió las aguas, las cuales no se dividieron. Por lo que dijo: «¿Dónde está ahora el Dios de Elías?» Hirió nuevamente las aguas, las golpea con la capa y se abre al través de sus ondas un camino hasta la ribera opuesta.

Así que vieron esto los hijos de los profetas, que estaban en la orilla opuesta, dijeron: «El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo»; y saliéndole al encuentro, les hicieron profunda reverencia postrados en tierra.

Y efectivamente: desde entonces el espíritu, el dón de profecía y de

milagros de Elias entraron en Eliseo. El río que admiramos fué testigo.

Algún tiempo después sucedió Naamán, general distinguido, jefe de la armada del rey de Siria, presentóse á Eliseo para que le curase de la lepra. Al llegar á la puerta de la casa del profeta, éste le mandó decir por un criado: «Anda y lávate siete veces en el Jordán y quedarás curado y limpio del todo.» Naamán se encolerizó y dijo: «Por qué me he de lavar en el Jordán? ¿No son las aguas de la Siria tan saludables como las del Jordán? Yo creía que el profeta vendría él mismo á curarme.» Mas sus compañeros le aconsejaron que obedeciese á Eliseo; tal era la fama que gozaba de sus dones. El leproso se dirigió al Jordán, en cuyas aguas se lavó siete veces y quedó enteramente limpio de su mal.

Naamán tuvo que humillarse, y con fé bañarse en las aguas del Jordán, las cuales de suyo no tenían virtud alguna. Una cosa parecida acontece con nosotros los cristianos afectados de la lepra del pecado: Dios no nos aparece visible y personalmente, sino que nos manda por medio de su siervo, el sacerdote, que nos acerquemos á los Santos Sacramentos, para que, recibéndolos con fe y humildad, quedemos libres del pecado.

Lleno de gratitud volvió Naamán á Eliseo y le dijo: «En verdad, ahora sí que conozco que no hay otro Dios, sino el Dios de Israel.»

Repetidas veces se menciona el Jordán en el Antiguo Testamento con motivo de las guerras de los hebreos con los mohabitas, los amonitas, los madianitas, los filisteos y en la época de los macabeos!

Pero este río debe especialmente su celebridad á San Juan Bautista y al bautismo del Salvador. Toda la Judea acudía á sus márgenes á oír las predicaciones del Santo Precursor; el pueblo confesaba sus pecados, y era bautizado en las aguas del Jordán: no es ya el soldado de un poderoso monarca, es todo un pueblo atraído por el hijo de Zacarías el que quiere sumergirse para ser purificado de sus pecados. Al efecto viene Jesús desde Galilea á pedir el bautismo de su Precursor; el cielo se abre para contemplar esta grande escena, y el Espíritu Santo descende en forma visible, y se deja oír la voz del Eterno Padre que dice: «Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido.»

¿Qué gloria ha faltado pues al Jordán? El cristianismo ha sido templado en sus ondas, y el día en que Jesús instituyó para los venideros siglos el Santo Sacramento de la regeneración, mereció verdaderamente el nombre de *agua de la grande vida* que le dan los árabes. Al cristiano que se acerca á aquellas aguas santificadas le entretiene idéntico pensamiento; renueva las promesas del bautismo en los mismos lugares en

que su Salvador fué bautizado, estas promesas que hicieron á Dios por nosotros aquellos que á nuestro nacimiento nos presentaron á las fuentes bautismales, que ratificamos por nosotros mismos el día en que por vez primera tuvimos la dicha de participar de la divina Eucaristía, y que sin embargo en el borrascoso curso de nuestra vida, hemos ¡ay! tantas veces violado.

«Esta es la resolución que puse inmediatamente en obra, escribe un devoto peregrino. Arrodillado en la orilla del río, inclinada la cabeza sobre las aguas, en las que acababa de lavarme; la mano sobre el corazón agitado de pesar, de dolor y amor y tomando á Dios y á tus ángeles por testigos de la sinceridad de mis sentimientos, pronuncié con voz conmovida las palabras siguientes: ¡Dios mío! ¡Dios todopoderoso, y sobre todo, todo bondad, todo clemencia y todo misericordia! Vengo humildemente al paraje en que fué bautizado vuestro Hijo, mi Salvador, á renovar de lo íntimo de mi alma las obligaciones sagradas de mi bautismo: renuncio á Satanás, á sus pompas y á sus obras, me entrego enteramente á Vos, ó Dios mío, para amaros y servirlos hasta el último aliento de mi vida.»

La ribera sobre la que se ciernen tantos recuerdos santificados, fué desde el principio de la era cristiana habitada por piadosos solitarios, no buscando sino á Dios en el seno de esta naturaleza que despierta en el alma imágenes de paz y de dicha. San Zósimo, uno de los numerosos solitarios que poblaban el valle hoy desierto, halló y dió sepultura al cuerpo de la gran pecadora María Egipciaca que había hecho en las soledades de la opuesta orilla una penitencia de cuarenta y ocho años. Esto sucedía á mediados del siglo quinto. Aun hoy, entre los juncales inmediatos al río, no es raro encontrar á algún absinio que lleva en choza de cañas vida eremítica en contemplación del gran misterio allí realizado, y recoge las limosnas que los peregrinos quieren darle.

El árabe y el turco apenas divisan las aguas del Jordán, saludanlas con gritos de alegría y corren á beberlas y á lavarse con ellas dando señales de profundo respeto, pues también turcos y árabes, que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas, derivadas las unas de Ismael é infiltradas las otras al través de las Fábulas del Corán, tienen por sagrado aquel río.

«Apenas han llegado los peregrinos cuando se desnudan y dando gritos de alegría se meten en el río, escribe Michaud en su correspondencia de Oriente. Los cristianos se zambullen por tres veces en el agua sagrada, persignándose continuamente, mientras que los sacerdotes griegos derraman el agua bautismal sobre la cabeza de muchos